



En ese mundo de las izquierdas, es evidente que la centralidad otorgada a la “cuestión nacional” desde una perspectiva marxista no podía sino ser atractiva para quienes vivían con malestar y culpa la relación de sus partidos con el peronismo: Ramos ofrecía un nuevo punto de vista y nuevas herramientas conceptuales. Sin embargo, y sin disminuir el peso de esa influencia, conviene toma en cuenta que esos grupos abrevaban también en otras fuentes, incluyendo algunas alojadas en sus propias tradiciones —por caso, el viejo latinoamericanismo que las jóvenes generaciones militantes comenzarían a resignificar en términos de nacionalismo revolucionario.

Sobre el final de lo que puede considerarse como la primera parte del libro, el tercer capítulo coloca el foco en el “frente editorial”, y desde allí reconstruye con verdadera pericia el despliegue de Ramos y su grupo a través de Indoamérica, durante los años del peronismo: a través de su catálogo el autor advierte la puesta en marcha de una operación, especialmente intensa a partir de 1953, destinada a disputar la influencia ejercida por el Partido Comunista (PC) en el campo de la izquierda. Tal como se muestra en el libro, este período coincidió con la integración del grupo al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) —en cuyo contexto además se publicaron los semanarios **Frente Obrero** y **Lucha Obrera**—, y finalizó con su definitiva ruptura, poco antes del fin del gobierno de Perón.

A lo largo de ese mismo capítulo el autor registra el cúmulo de recursos que Ramos era capaz de desplegar, en particular su notable capacidad para tejer una amplia red de relaciones que le permitiera superar tanto su condición de advenedizo en el campo editorial como los límites derivados de su formación autodidacta. Al mismo tiempo, en ese registro más atento a la trayectoria individual, el autor —lejos de toda mirada apologética— analiza opciones políticas y deja ver ciertas sinuosidades en la trayectoria del personaje, por

caso, su llamativo “silencio” ante el triunfo de la “Revolución Libertadora”.

En lo que sigue, **Tiempo de profetas** habla de los años marcados por el frondismo y la Revolución Cubana, y da cuenta no sólo de la renovación de los debates en los ambientes de izquierda, sino también de la constitución de un nuevo grupo en torno a Ramos. Ya alejado de los anteriores círculos trotskistas, y junto a Jorge Enea Spilnbergo, en esta etapa Ramos ha logrado vincularse e incorporar a jóvenes intelectuales que, como Ernesto Laclau, Adriana Puiggrós, Ana Lía Peyró o Blas Alberti, se constituirán en piezas por demás importantes a la hora de construir el propio partido.

Si hasta entonces el latinoamericanismo y la caracterización del peronismo como bonapartismo le habían otorgado a Ramos un lugar expectante entre los grupos que se rebelaban contra los partidos de la izquierda tradicional, después de 1959 la “cuestión cubana” complejizó el panorama. Tal como se señala en el libro, una vez pasada la inicial simpatía por la Revolución, Ramos comenzó a manifestar ciertas reservas hacia ella, y sobre todo, una particular preocupación ante el crecimiento de la “variante juvenil del cubanismo”, vale decir hacia grupos que como los expresados por las revistas **Situación** y **Che**, estarían intentando “cubanizar” el proceso revolucionario argentino.

En opinión de Ribadero, esa preocupación se relacionaba con una tendencia que Ramos observaba en esos jóvenes: retirarse de la lucha política e ingresar en la de carácter armado. Sin embargo, sus reservas y preocupaciones parecen haber excedido ese motivo, tal como puede apreciarse en un documento producido hacia fines de 1960 por el activo grupo de la “izquierda nacional” que militaba en el Centro de Caseros del PSAV —el mismo que dos años más tarde se escindiría para confluir en el PSIN. En ese documento no sólo se instaba a la dirección “vanguardista” a abandonar la “prédica insurreccional” y a mantenerse

autónomo de la “dirección revolucionaria continental”, sino además, a pronunciarse por un “Frente Único Socialista y Peronista” —que excluyera a grupos provenientes de otros partidos, en particular del PC: Ramos y su grupo iniciaban así un camino de conflictos y distancia con la mayor parte de la “nueva izquierda”.

Finalmente, corresponde decir que entre sus muchos méritos, **Tiempo de profetas** tiene el de haber vuelto plenamente visible lo que su autor nombra como el “gesto de ruptura” de Ramos, y el carácter “anticipatorio” de muchas de las posturas críticas que surgirían desde fines de los cincuenta. Además, ha logrado delimitar claramente el lugar de la “izquierda nacional” de Ramos, y lo ha hecho mediante una minuciosa reconstrucción en la cual tramas discursivas, labor editorial e iniciativas político-organizativas resultan articuladas. Más aún, el autor ha sabido observar la huella de las ideas de Ramos, no sólo en las izquierdas sino también en algunos notables intelectuales de los que fue maestro y compañero.

María Cristina Tortti
UNLP

A propósito de María Moreno, **Escribir para conspirar: Panfleto. Erótica y feminismo**, Buenos Aires, Random House, 2018, 300 pp.

“Un cuaderno” se titula la nota preliminar de **Panfleto: erótica y feminismo**, el volumen que compila cuarenta y siete artículos de María Moreno —todos y cada uno con su inconfundible aleación de estilo, desparpajo y erudición— publicados a lo largo de treinta años (desde 1988 hasta 2018) en **Página/12**, **La Caja**, **Babel** y **Fin de Siglo**.

La alusión a “un cuaderno” en lugar de a “un libro”, “una antología”, “una compilación”, “una reedición” o “un archivo”, pro-

pone un pacto de lectura cercano —por su ilusión de espontaneidad, experimentación e intimidad— al del diario íntimo, pero con una libertad infinitamente mayor de motivos y formas que las del *fluir* de la conciencia en torno a las desavenencias de un/a sujeto que escribe. Al mismo tiempo, el significante entra en serie con el ya mítico **Cuadernos de existencia lesbiana** (1987-1996), que editaron Ilse Fusková y Adriana Carrasco con el objeto de visibilizar "...el obliterado y orillado deseo lesbiano del heterosexual. Gracias a la traducción y difusión de teóricas lesbianas que se preocuparon por analizar la especificidad del mismo..." (María Laura Rosa, **Legados de libertad. El arte feminista en la efervescencia democrática**, p. 64), donde la propia Moreno publicó fragmentos de sus ficciones.

El solapamiento de los modos de nombrarse que este libro ensaya responde a que la autora elige deslindar la articulación de sentido de sus textos en tres tiempos. El primero: el tiempo de la escritura, inescindible —como en *Subrayados*— de la estimulación de la lectura, en este caso, de "importaciones teóricas de las feministas de la nueva izquierda que releían en la estructura de la familia en el capitalismo la sevicia del trabajo invisible, de las estructuralistas de la diferencia que inventaban un Freud a su favor y de las marxistas contra el ascetismo rojo" (p. 7). En ese tiempo —al que la autora apela en el presente de la enunciación del prólogo desde una mirada retrospectiva— los textos escritos se aparecen como "hojas de unos cuadernos de aprendizaje dedicados a unas lectoras futuras" (p. 8). Luego, en el tiempo de la circulación, se produce la formalización en el género "artículos", publicados en distintos medios, poco o mal leídos, según desliza provocadora la autora cuando aclara "no importaba que nadie me contestara..." o "me han ubicado como testimonio de la crónica el giro autobiográfico en la literatura argentina omitiendo un interés que considero todavía el más constante a lo largo de mi vida" (p. 8). Finalmente, en el tercer tiempo, el de la reunión de los tex-

tos en formato libro, la denominación vira, con sesgo irónico, a "panfleto", que también es el título de la última entrada del libro, una pieza maestra que despliega las siete máximas que regirían otros modos —potenciales, imperativos, plurales— de vida: "Seamos naturalmente artificiales"; "Que nuestro nombre sea G.D.C (Gente de cuero)"; "Hagamos la revolución que no sublima nada"; "Que nuestra dieta sea el exceso"; "Nuestro camino está siempre yendo"; "Militemos en ficciones"; "Compañeras, compañeros, compañeres, subansé".

En este pasaje del **Cuaderno de aprendizaje... al Panfleto...** podríamos entrever un eco, una alegoría o incluso una puesta en acto de la consigna "lo personal es político" que articuló el feminismo de la liberación femenina, del cual, sin embargo, la autora no deja de medir una distancia que termina salvando gracias a un ardid semejante al que Gayatri Spivak (1987) formuló en términos de "esencialismo estratégico": "...retoqué poco y nada a pesar del escándalo que me provoca hoy, por ejemplo, descubrir la soltura con que insistía en escribir 'La Mujer', aunque lo hiciera con menos intención esencialista que la de macular el lugar común psicoanalítico 'La Mujer no existe'" (p. 7). De hecho, ya en 1988 había especificado que la afirmación de "otro modo de sentir" (la especificidad de la experiencia sexual de la mujer) no dejaba de tener un simple valor político como en su momento la afirmación de una identidad gay, afroamericana o femenina (p. 16).

Sesgo irónico, decíamos, detenta esa última caracterización —"panfleto"— porque lejos de adoctrinar, cada nota se explaya en diversas formas de des-adoctrinamiento. Así, la autora desmonta los puntos ciegos de una historia de la sexualidad teológica cuando espeta, por ejemplo, que la sociedad antigua resultó más progresista que los pobres "falócratas posteriores": "...catorce teólogos de lustre decían que la mujer podía seguir prodiéndose caricias a sí misma hasta lograr el orgasmo, una vez que el marido se hubo retirado al

otro extremo del lecho dándole la espalda (...) ¿Estaban mejor lesbianizados que los de ahora, todo fuera por la procreación?" (p. 17). O cuando desmitifica a los años sesenta como el epicentro de la liberación sexual: "Los años sesenta fueron unos ladrones de historia, creídos de que representaban la cúspide de la retórica de la chanchada (...) Porque la revolución sexual no ocurrió ni cuando las feministas quemaban corpiños en la plaza pública ni cuando las paredes gritaban 'prohibido prohibir', sino cuando el marqués de Sade escribía **Los 120 días de Sodoma...**" (p. 21). O, también, cuando a contrapelo del sentido común del término "victoriano", lo aparta de las ideas de hipocresía, represión y culto por las apariencias adosadas por la historia, y argumenta —considerando el testimonio de cartas y diarios— que en realidad se trató de un estilo de vida y de una búsqueda revolucionaria de unir liberalismo político y liberalismo moral (p. 35).

Esa tarea clandestina de des-adoctrinamiento, para escabullirse de los riesgos del positivismo que aún los intentos de desnaturalización enfrentan, ubica a quien escribe como principal destinataria (que llega a llamarse a sí misma "educanda"), como un monólogo interior que repasa un exigente ayuda-memoria y que eventualmente se comparte con un puñado de cómplices iniciadas (Diana Bellesi, Mirta Rosenberg, Laura Klein): "Agregar en el cuaderno Laprida: **1.** No debo tomar el falocentrismo teórico por una invitación al viva la pepa que me llevaría a intimidar a otras mujeres con un supuesto saber a través del uso de términos cuyo sentido no he transformado, cuyo valor ignoro así como opera en el paradigma de turno; **2.** No debo leer la literatura de las mujeres como si fuera periodismo íntimo; **3.** No debo usar la ironía o el estilo *naïve* para evitar que se me juzgue con dureza debido a la exposición de una semiignorancia o se me disculpe por ello; **4.** No debo creer en La Mujer, en las mujeres, como una política común unida por el débil hilo de los derramamientos de sangre; **5.** No debo



convertirme en un miembro —¿qué hace aquí esta palabra?— de una capilla más y dueña de un espacio atenido a las leyes burocráticas de la cultura.” (p. 57)

De esta manera, la escritura de Moreno esquivada las tentaciones dogmáticas o separatistas y se despegada del “feminismo proletario”, del “feminismo prescriptivo”, del “feminismo moral”, del feminismo de “Estado”, del “feminismo de masas”, del ideal de la “buena mujer” individual y completamente emancipada. Y se declara a favor de la “sororidad” (una mismidad que no corresponde a la identidad ni a la identificación, un relato que sostiene la esperanza de *no ser uno* en una suerte de transición hacia el múltiple cuerpo político); de “conventillar” (escuchar a las amigas, a las vecinas, a las mujeres de la familia, fundar red); del “feminismo solar” (que sospecha en el proyecto de la emancipación femenina un futuro atravesado por el sufrimiento y en el que las mujeres serían “proletarias sobreexplotadas o superwomen depresivas”); del feminismo anal (en el que ya no hay activo/pasivo, hombre/mujer, normal/anormal).

“Elogio de la furia” es el primer artículo con fecha exacta del libro: 2016 (10 de junio). El prólogo alude a este cambio de datación como un detalle no azaroso: “La precisión de las fechas de los más coyunturales puede explicarse como un subrayado de lo que le importó entre 2016 y 2018 a un feminismo renovado y proteico, nucleado alrededor de las consignas del **Ni Una Menos**, al que creo contestarle desde mi acotada experiencia y dentro de mi generación” (p. 8).

Este punto de inflexión, marcado en el calendario como la historiografía rubrica las grandes batallas, habilita a leer los apuntes mordaces de las primeras décadas de la democracia —en los cuales Moreno logró dramatizar con astucia y gracia el impacto que en ciertas visiones de mundo tuvieron las lecturas de Kristeva, Irigaray, de Beauvoir, de Lauretis, Zambano, Yourcenar, Colette, Mansfield, Duras,

entre tantas— no sólo como un ejercicio teórico-crítico sino como una forma de conspirar.

Ricardo Piglia, leyendo a Roberto Arlt, sostuvo que el complot en tanto conspiración es el nudo de la política argentina y que supone la conjura, la infiltración y la invisibilidad pero que también, como práctica antiliberal, implica la idea de revolución, en la medida en que “experimenta con nuevas formas de sociabilidad, que se infiltra en las instituciones existentes y tiende a destruirlas y a crear redes y formas alternativas” (Ricardo Piglia, **Teoría del complot**, p. 20).

En la plaza de **Ni una menos**, María Moreno lee una fuerza revolucionaria y una sororidad en acción y simultaneidad, que empezó a gestarse en su bautismo en la Maratón de lectura contra el femicidio celebrada en marzo de 2015 en el Museo del Libro y de la Lengua. En el debate previo a esa acción, Moreno recuerda haber propuesto como práctica de activismo artístico utilizar bolsas de basura (dentro de las cuales suelen aparecer los cadáveres de las niñas y mujeres asesinadas) como símbolo de luto popular y del compromiso porque no haya más ni una menos. La respuesta de algunas compañeras del colectivo (Marta Dillon, Virginia Cano, Marina Mariasch, Máquina de Lavar) se convierte en otro de las anotaciones de esa relación de constante auto-transformación que Moreno establece con el feminismo, ahora como modo de organización: “Se sabe que escribo (...) Esa vez saqué O en metáfora. Una furia locuaz y de muchas decidió que había que tirar a la basura esa metáfora (...) Todo bautismo político inventa palabras, las trae del lado enemigo para cambiar su sentido *degenerándolo...*” (p. 221) Evidentemente, sólo alguien que ha maquinado durante décadas puede ser capaz de una traducción simultánea de transformaciones que exceden la lengua y la relación de la lengua con la vida tal como la conocíamos.

Guadalupe Maradei
UBA

A propósito de Omar Acha, **Cambiar de ideas: Cuatro tentativas sobre Oscar Terán**, Buenos Aires, Prometeo, 2017, 260 pp.

En diálogo con distintas generaciones, Omar Acha propone una interpretación de la biografía intelectual, la autocrítica teórico-política y el legado de Oscar Terán (1938-2008), como un modo de acceder también a la franja intelectual de izquierda que “acompañó un giro ideológico y cultural de envergadura: el que cavó una fosa entre una democracia liberal-capitalista posterior a 1983 y los años de la revolución” (p. 10). Lo hace a partir de cuatro ensayos en los cuales hila diversos escritos de Terán en una lectura interna que es, a la vez, una recuperación de esos textos.

Encara así un problema significativo para la historia intelectual local, como es el estudio de un grupo en el que se ha cargado la renuncia a la transformación revolucionaria y la subordinación al capitalismo democrático-liberal. Que se proponga, en cambio, que hoy la trayectoria de Terán y su generación es una ocasión para pensar los desafíos de la reconstrucción del “proyecto socialista anticapitalista” y que se abra a intentos por comprender “¿qué fue, entonces, lo que Terán y su grupo de referencia estuvieron desde 1980 sistemáticamente incapacitados de pensar?” (p. 177), lo hace de indudable interés. En este sentido, el libro abona las inquietudes sobre las maneras de pensar, los lugares de enunciación, las dificultades y las críticas al progresismo, que se proyectan también respecto del estado, el autonomismo y la autogestión, la articulación política y la fragmentación movimientista. Se afirma, en términos generales: “La carencia central del progresismo residió en que fue insuficientemente crítico de la trayectoria de las izquierdas durante el siglo veinte. Por eso los valores compartidos fueron los mismos: democracia de partidos, derechos humanos, redistribución moderada de la riqueza, en fin, una sociedad capitalista lo menos injusta posible, sin cuestionar las formas de la política tradicional, sin